

V Concurso Relato Breve Joaquín Mercado - 2008

Tema: **CUENTOS DE NUESTRAS ABUELAS**

Título: ***Recuerdos del hogar***

Autor: **Trinidad Fernández de Oliva**

Mayo - 2008

I. MADRE DEL COLLADO, ¡AYUDANOS!

Mis abuelos no necesitaban crear personajes para sus cuentos. No eran necesarios palacios, doncellas ni príncipes. Los protagonistas eran ellos mismos. Tanto recordaban su origen y tanto les gustaba narrarnos sus historias y lo hacían de tal modo, que nos transmitían alegría, tristeza, furia, frío o calor. Era como si nosotros reviviéramos los hechos junto a ellos.

Aquí sólo transcribiré algunas narraciones que ellos vivieron y nos contaron. Los verdaderos autores son Luisa y Juan. Yo sólo recuerdo. Trataré en lo posible de usar sus mismas palabras.

- “Cuando lleguéis a Santisteban, veréis como todos nos conocen. ¡Preguntad y veréis!” Así nos decía siempre mi abuelo. - “¡Pues claro!”, Afirmaba convencida mi abuela. En casi cien años, fui la única que tuve la dicha de volver, en el año 2006.

La razón me decía de la inutilidad de preguntar. ¡Pero la imaginación! La imaginación corría delante de mí y preguntaba por mi boca sin yo quererlo. ¡Qué hubiese dado para que la nieta de un primo, de un amigo, o quienquiera que fuese, recordara algo! ¡Cómo ansiaba encontrar alguna mano tendida esperándome!

Nadie recordaba nada, por supuesto. Pero para mí, todos los que encontraba con los apellidos de mi abuelo, que son muchos, eran mis parientes. Se los decía y me fotografiaba con ellos. Hoy miro esos rostros sorprendidos, que por cortesía accedieron a la foto, quizás pensando que yo desvariaba un poco, y les agradezco profundamente su amabilidad.

Promediando la mañana, me dirigí al lugar emblemático. Donde sabía que me esperaban. Subí por la calle y llegué a la Iglesia de Santa María del Collado. Cuando estuve dentro del templo, sentí que muchos de mis ancestros habían acudido a ese sitio desde largísimo tiempo atrás. Miré largamente las piedras de paredes y techos y supe que allí alguna vez se posaron las miradas de Catalina, Cristóbal, Isabel, Andrés, María y tantos otros que me legaron su sangre. Una vez más, como tantas veces en mi vida pronuncié la invocación a la Virgen y de inmediato surgió el recuerdo de aquel relato:

Madre del Collado, ¡ayúdanos!

Esa invocación a Santa María del Collado, me acompañó desde niña. La he pronunciado pidiendo su protección para mis hijos pequeños, y lo hago ahora que son hombres. La digo en todas mis penas y alegrías. Estará siempre conmigo.

Los milagros y favores atribuidos a ella son muchos. Entre ellos, recuerdo especialmente uno: Un tío de mi abuelo partía a la Marina. En el momento de despedirlo, su madre puso en su cuello el Escapulario de nuestra Virgen, encomendándolo a Ella.

Embarcó el joven y durante una travesía, se desató una tempestad tan grande que todos los tripulantes del barco creyeron perecer en el mar. Tan terrible era el oleaje y tan crítica la situación, que el capitán del barco pronunció el temido “¡Sálvese quién pueda!”.

El joven se encomendó a Nuestra Virgen y arrancándose El Escapulario, lo arrojó a las olas.

Poco a poco, la tormenta se fue disipando sin que nadie sufriera daño alguno.

El Capitán logró ver El Escapulario antes de que desapareciera entre las aguas, y preguntó a sus hombres sobre el origen de aquello. El joven narró la historia de la Virgen Patrona de su Pueblo, diciendo: “Yo pedí su ayuda y misericordia y fui quién tiró su Escapulario”. Toda la tripulación encabezada por su Capitán, agradeció el gran favor recibido en la Iglesia de Santa María. En ofrenda, dejaron un pequeño barco de oro, que prendieron en el manto de la Virgen.

Casi con iguales palabras, mis abuelos nos relataban la historia una y otra vez. “cuando vayas al Pueblo, pregunta y verás”, decían. Era como si el tiempo se hubiese detenido para ellos.

Nadie en el Pueblo supo darme noticias de esto. Pero para mí, también el tiempo se ha detenido. Yo no lo olvido. Tengo la certeza de que en algún añoso papel, en algún lugar olvidado, estará el testimonio de estos hechos. ¡Que hermoso sería encontrarlo! ¿Me acompañarán a buscarlo? Hoy y siempre: *Santa Madre del Collado, ¡Ayúdanos!*

Salí de la Iglesia disfrutando de todo lo que veía: ¡qué bonita estaba la sierra! ¡Y los olivares! Me parecía ver a los míos descansando debajo de la sombra, luego de haber realizado el trabajo de la mañana. Tal como yo lo había imaginado, y que tan bien lo pinta don Juan Manuel Soriano, en uno de sus cuadros.

Bajando por la empinada calle volvieron los recuerdos ¡Había sido por allí!... Pero la historia comienza un poco antes: preguntando, preguntando, llegué a la Plaza Mayor; y aquí el rompecabezas, pareció empezar a ordenarse.

II. EL ASA Y EL CALDERO

Cuando esa mañana se encaminaba hacia la Plaza, los ojitos color avellana de Luisa tenían una mirada de melancolía.

¡Cuánto le hubiese gustado a ella ir al baile la tarde pasada! Pero Juan “el Jalea” le había dicho a María, su madre, que iría Atanasio, lo cual significaba que se romperían los candiles, que no se podría ya bailar, ni estar en paz. ¡Ese bribón de Atanasio, siempre era el que cometía las mayores diabluras! ¡Y claro, su madre no quiso llevarla!

Llegó a la fuente, y se dispuso a esperar para llenar de agua el cantarillo que llevaba consigo, pues otras niñas lo harían delante de ella.

¡Y entonces escuchó!: “Qué bonito estuvo el baile, ¿verdad?” decía una a la otra.

“¡Ya lo creo!” le respondió ésta. “¡Y cómo cantó Juan “el Jalea! ¿Notaste que me miraba?”; “¡Sí, Sí! ese mira a todas, pero conmigo, ¡bailó! ¡Y mucho!; hasta pienso que se interesa en mí”, agregó una tercera.

Juan y Luisa, sin decírselo nunca, sabían que se amaban el uno al otro. Desde niños se entendieron sin hablar. Les bastaba con darse el agua bendita los domingos en la Iglesia, compartir un dulce, o bailar en las fiestas de Pascuamayo.

¿Con que nada pasó en el baile?, ¿Con que todo fue inventado por él para lograr que no fuera yo, y así poder hablar y bailar muy suelto de cuerpo con las que quisiera?

La melancolía de Luisa se convirtió en enojo. Y el enojo en furia, al ver que Juan avanzaba hacia ella, como si tal cosa, brillándole los ojos azules y la sonrisa segura en el rostro.

No esperó a por el agua. Corrió hacia Juan, quién al ver su gesto, no dudó de sus intenciones: se volvió, y a la carrera, trató de alejarse de la ira desatada de Luisa.

“¡Mentiroso! ¡Nunca volveré a mirarte!”, gritaba Luisa corriendo tras él por la Plaza. Pero los pies de Juan eran más rápidos y no podría tirarle del pelo ¡y hasta morderlo! como tenía ganas.

Como Juan se alejaba sin que ella pudiera alcanzarlo, le arrojó el cantarillo que llevaba en brazos, queriendo darle en la cabeza. Tuvo suerte el mentiroso, pues el cacharro pasó a centímetros de su oreja, y fue a dar en los suelos de la Plaza haciéndose trizas.

¡Lastima de cantarillo!... Juan tuvo que esforzarse mucho para que Luisa, la de ojos de avellana y figura menuda y graciosa, volviera a mirarlo: regalarle un cántaro nuevo, llevarle dulces hechos por la abuela Catalina, dejar rosas frescas en su ventana... ¡En fin!

Llegado este punto del relato, la abuela suspiraba, como si disfrutara de nuevo esos momentos. Ella no necesitaba regalos... Ya lo había perdonado hacía mucho... “¡Pero hija!...algo tenía que hacer”, decía moviendo los hombros de aquella manera tan particular.

Pasado aquello, Juan y Luisa se hicieron un juramento: permanecer siempre juntos. Nada los separaría jamás. ¡Siempre estarían juntos! Como *el asa y el caldero*.

III. LA QUE NO SABÍA REMENDAR

Isabel y María, luego de oír misa en la Iglesia del Collado, bajaban rumbo al Pueblo. Iban juntas, las dos vestidas de negro, pero ¡Eran tan distintas!

María, de tez clara y sonrosada, se cubría con un pañuelo tan humilde como sus vestidos, calzando simples alpargatas. Ningún adorno ni afeite se veía en ella. Isabel, en cambio, era morena, de mirada altiva, y llevaba mantilla de encaje, vestido de seda y botas de tacón.

Las dos sabían que Luisa, hija de María; y Juan, hijo de Isabel estaban prendados el uno del otro y no habría poder en el mundo que los separara jamás.

Y tanto lo sabían, como que ya estaban publicadas las Amonestaciones para el próximo casamiento.

María hacía tiempo que quería decirle “aquello” a Isabel. Tomando valor se lo soltó: “Mira”, le dijo, “tú sabes que mi Luisa es huérfana de padre, pues mi marido Francisco, que en Gloria esté, hace mucho tiempo que ha muerto.”. Tomó aire y continuó: “Pues bien, al no haber hombres en mi casa, mi niña ¡no sabe remendar!”. Isabel, miró al cielo y rápidamente dijo: “¡Válgame Dios!... Pero aún tengo yo buenas manos para remendarle a mi hijo”.

Juan y Luisa se casaron una fresca mañana de octubre del año 1889. ¡Cómo brillaban los ojitos azules de Juan!; ¡Qué felicidad reflejaban los ojitos de avellana de Luisa! Pero...Luisa no sabía remendar. Tarea muy importante para la época, más tratándose de la mujer de un jornalero, como lo era Juan.

A la hora de la oración, las mujeres de la familia se reunían a rezar juntas, y también a cotillear, bueno es decirlo. Mientras tanto, realizaban distintas labores: unas tejían calceta, otras bordaban, y otras ¡remendaban! Juan necesitaba su ropa remendada y era Isabel quién lo hacía una y otra vez. Como consideraba una falta de su nuera el no saber remendar, cada vez que se ponía en ello, decía: ¡"Tengo yo que remendar la ropa de mi hijo, pues su mujer no sabe hacerlo!", o "¡Ya me gustaría a mí terminar el bordado; pero, como Luisa no sabe remendar....!" Y así, una y otra vez. Estos comentarios, enfurecían a Luisa a tal punto de querer arremeter contra Isabel. Como le habían enseñado a respetar a sus suegros como a sus propios padres, guardaba silencio. Pero confesó una y otra vez esta furia contra su suegra, pues la consideraba un pecado. El cura, que la conocía desde niña, y ya cansado de escuchar siempre lo mismo, le dijo: “Luisa, si no sabes remendar, ¡Aprende hija, y Santas Pascuas!”. Luisa sentía mucha vergüenza de pedir que le enseñaran a hacer algo tan elemental. Por ello, se dedicó a observar el trabajo realizado por Isabel, y, en secreto, trató de imitarlo. Al poco tiempo comprendió que no era tan difícil, y que hasta resultaba agradable hacerlo.

Una noche, a la luz del candil, remendó primorosamente el desgarrado pantalón de su esposo. A la mañana siguiente, luego de comer unas buenas migas, Juan y Luisa se reunieron con el resto de la familia para comenzar las tareas. Ese día los hombres se marcharían al campo y las mujeres quedarían en el hogar. Cuando Juan montó en su burro, Isabel miró los pantalones de su hijo con un remiendo que ella no había cosido, y dijo con gran sorpresa: “¿Quién ha hecho esto?” Juan, como sin darle importancia al comentario, pero muy orgulloso, dijo: “¡Pues Luisa!, ¿Quién si no?”. Y sin más, emprendió la marcha. A partir de ese día, a la hora de la oración, Luisa sacaba la ropa de su cesto y se dedicaba a remendarla, diciendo: “¡Qué fácil es hacerlo!, ¡hoy lo coseré distinto para que quede más bonito! Madre Isabel, mire usted este hilo nuevo....”.

Mi abuela Luisa, al finalizar su historia, no lo decía. Pero creo que a partir de entonces, la que debió confesar repetidas veces, ¿sus celos, tal vez?, fue mi bisabuela Isabel.

Con este relato, me pasa algo singular: al ver la ilustración que anuncia el concurso, sentí que era así como yo hubiese representado la escena. Igual sentimiento tuve al ver el cuadro de los campesinos merendando. ¿Pertencerán al mismo autor?

IV. EL DUEÑO DEL MOLINO

Luisa se afanaba en las tareas de su casa. Luego llevaría flores al panteón familiar en donde descansaban ¡sabe Dios cuántas generaciones! Iría acompañada de su suegra Isabel, tal vez vendría su cuñada Josefa y también alguna que otra vecina. Luego de pasear por el campo, merendarían juntas en la casa familiar.

-¿Habría cocinado la abuela Catalina esos Pestiños tan ricos? Mmmm... ¡Dios lo quisiera!

Luego rezarían mientras realizaban su labor: calceta unas, bordado otras y remiendos por doquier, las que más. De esta forma llegaría el atardecer, hora en la que regresaría a su casa junto a Juan, su marido, quién muy de madrugada y luego de comer sus migas, había partido a las faenas del campo. ¡Duras faenas las de un jornalero andaluz!

Pero esa mañana todo fue distinto: vio, por el ventanuco de su cocina, que Juan se acercaba a la carrera. ¡Su Juan! ¡Con aquel pelo rubio, con aquellos ojos azules y aquella gallardía! Siempre al mirarlo se sentía orgullosa de ser su mujer. Se había llevado “el premio mayor”, como decían cotilleando por allí. Un poco atropellado era, es verdad, pero en fin, con la gracia de Dios, estarían juntos toda la vida.

Juan siempre estaba alegre, siempre riendo y bromeando, pero hoy ¡No cabía en su cuerpo! Entre la corrida y la ansiedad por contarle a borbotones lo que pasaba, no se le entendían las palabras. Sentándose, logró al fin serenarse un poco y decir:

“Luisa, mi tío vende su molino ¡y verás que pronto voy a comprarlo!”

Otra vez los sueños; las empresas disparatadas de Juan que no se realizaban nunca. Con tristeza en la mirada y calma en la voz, Luisa le dijo:

“¿Pero cómo lo comprarás si no tenemos ni un céntimo?”

“Me iré al Brasil, ¡y en tres meses volveré con lo suficiente para conseguirlo!”, fue la réplica.

Al verlo tan decidido, Luisa supo que su Juan se iría; que marcharía solo... ¡Dios sabe dónde! Mientras tomaba las puntas del delantal que siempre llevaba puesto, y cruzando las manos sobre su cintura, tomó la decisión:

“Pues, ¿sabes lo que te digo? ¡Que el asa va con el caldero! ¡Nos iremos juntos!”

La mirada y el gesto de Luisa no dejaban lugar a reclamos. Bien lo sabía Juan. Partirían juntos. ¡Juntos, el asa y el caldero!

Así comenzó la aventura americana de Juan y Luisa, mis abuelos.

Partieron de Santisteban del Puerto en secreto, como huyendo. Sin decírselo apenas a nadie. Según sus propias palabras, “dejando la casa puesta”.

Sólo el Padre Cura sabía de esto. Sería el encargado de fortalecer y tranquilizar a Isabel, madre de Juan, cuando viera que su hijo tan querido había partido a un mundo lejano y desconocido. Se marcharon de la mano de sus dos pequeñas hijas: Encarnación y Gracia. Llevaban su juventud, su alegría, un enorme caudal de esperanzas y el anhelo de regresar muy pronto.

El Pueblo era para ellos mucho más que el lugar en que habitaban. El Pueblo era su hogar. Toda su familia. Allí habían nacido y crecido bajo la mirada de padres, abuelos, tíos y vecinos que los conocían desde siempre, y la compañía de primos y amigos con quienes compartieron juegos y travesuras. El Pueblo era la Iglesia, donde los habían cristianado y recibido la Primera Comunión, en donde se casaron y bautizaron a sus hijas. Era la Plaza Mayor con su Fuente, la que estaba ya cuando ellos nacieron, la misma que fue construida con el aporte de todos y que a todos proveía el agua.

Pasaron los años y de Brasil viajaron a Argentina, radicándose en esta Córdoba de la Nueva Andalucía.

Nunca regresaron a su hogar; “a su casa puesta”. Nunca mi abuelo compró el Molino.

Hasta aquí lo escuchado una y otra vez. Nunca los vi llorar, ni quejarse por su destino; pero el recuerdo de su tierra y de su gente era constante, y el permanecer “el asa y el caldero” juntos, siempre juntos durante toda la vida, les servía de solaz y consuelo.

Durante las pocas horas que pasé en Santisteban, me di con la gran piedra de un antiguo molino. “Ahora es patrimonio del Pueblo”, me explicaron.

Mi imaginación puso todo lo demás: Por ese Molino mis abuelos dejaron “su casa puesta”. El mismo Molino que era ahora de Santisteban. Miré al cielo ¡tan azul en el mes de mayo! Me sentí en paz y feliz y dije: “*Por fin mi abuelo es dueño del Molino*”.

V. ANDALUZ Y DE SANTISTEBAN DEL PUERTO

“¿De dónde es usted, don Juan?”

“¡Andaluz! ¡Y de Santisteban del Puerto!”

Ante la pregunta, así contestaba mi abuelo, irguiendo orgullosamente su cabeza. Al escucharlo decir esto, invariablemente yo miraba cómo sus ojos de un luminoso azul, parecían sólo mirar hacia adentro. Ahora sé que su pensamiento estaba de nuevo en la Sierra, en los olivares, en la Iglesia, en la Plaza Mayor, junto a la Fuente...Que volvía junto a sus padres y junto a su gente. Que volvía a Santisteban. Ahora sé que eso se llama desarraigo.

Nunca lo escuché lamentarse, como nunca vi sus manos ociosas. Siempre con una tarea... Y mientras tanto, cantaba... siempre cantaba. Tarantos, tanguillos, sevillanas, bulerías, nanas, villancicos; cantados “a palo seco”, tal como el jornalero que era, lanzando sus coplas al aire mientras trabajaba.

En nuestra casa, sin radio ni televisión, estos cantes formaban parte de lo cotidiano. Como cotidiano era el acento andaluz...

Tampoco las manos de mi abuela estaban ociosas: nunca serán tan sabrosos el arroz con garbanzos, el potaje de bacalao, las migas, el gazpacho, las tortillas... y todo lo que cocinaba.

Cantes, relatos y oraciones acompañaron mi infancia y mi juventud. Cantes que aún me conmueven, relatos que aún recuerdo y oraciones que aún repito. Constituyen mi origen y mi cultura. Nací en Argentina, en esta hermosa Córdoba de la Nueva Andalucía. ¡Pero también soy andaluza y de Santisteban del Puerto!

VI. FLAMENCO Y BAILES DE CANDIL

Sólo en mi casa podía escuchar esos cantes llenos de honduras y melismas. Los estudiosos de hoy las llamarían “folclore andaluz aflamencado”. Mi abuelo les llamaba simplemente “cantes”.

Al preguntarles cómo se divertían en aquellos tiempos tan lejanos, pero tan presentes a la vez, mis abuelos Juan y Luisa ¿quién sino?, con mucho gusto me contaban: Decían que se reunían al atardecer, en los patios de las casas de familia, y a la luz de los candiles en cuanto bajaba la noche. Se tomaba vino y anís, y se comían mantecados y otros dulces. Los dueños de casa pagaban el convite, pero siempre los vecinos aportaban “alguna cosilla”, como un buen pan con una rica longaniza.

Los mozos y mozas bailaban y cantaban al son de cítaras, guitarras y castañuelas, siempre bajo la atenta mirada de los mayores, y ¡cómo no!, del Padre Cura.

A pesar de la vigilancia, y con el pretexto de alguna riña, había ocasiones en las que algunos granujas rompían los candiles para hacer de las suyas. Estas diabluras, consistían en zamparse en bocas y bolsillos cuánta comida pudieran, y salir disparados,

con alguna jarra de vino o un botellón de anís, para ir a disfrutarlo entre bromas y carcajadas en un lugar lejos del alcance de padres indignados.

Al apagarse los candiles, el terror se apoderaba de las madres, que a gritos y trompicones buscaban a sus hijas, ¡Por si las moscas, no faltaría más! En resumen, era peor el alboroto, que los daños causados.

Al otro día, el Padre Cura se encargaba de que comparecieran uno a uno los responsables, y de propinarles sonoros bofetones, para luego ¡claro!, al verlos arrepentidos y cabizbajos, darles la bendición.

“¿Usted bailaba flamenco, abuela?”

Ante esta pregunta mi abuela se volvió con un respingo y me dijo muy seria: “¡Niña! ¿Tú estás loca?; ¿Cómo iba yo a bailar flamenco?”. “¿Y qué bailaban?”, me animé a insistir. “Pues jotas, bulerías y de todo”, me dijo sin aclararme demasiado.

Estas historias, ocurrían en épocas muy lejanas, cuando el flamenco era casi desconocido y considerado pecaminoso. Lejos estaba de bailarse como se lo hace ahora, y mucho menos en casas de familia. Era de gitanos, y bailado por “gentes de poca vergüenza”.

Perdón abuela, ¡pero cómo me gusta el flamenco! Benditos sean los gitanos, que guardaron y enriquecieron esta parte tan valiosa del acervo cultural andaluz.

Cuando salí de Santisteban, en el autobús que iniciaba el regreso a mi casa y a mi vida de siempre, contemplé un mar de olivos. Era como si hubiesen salido al camino inundándolo todo para despedirme.

En mi duermevela, me sentí mecida en esa cuna de olivares. Muy dentro mío, resonó la nana que tanto me habían cantado cuando niña:

“A la nana, a la nana,
Nanita, ¡ea!,
Mi niña se ha dormido,
Bendita sea.”

Me fui igual que lo habían hecho antaño mis abuelos, sabiendo que allí estaría siempre esperándome mi Pueblo: Santisteban del Puerto. Al igual que ellos, partí con el gran anhelo de volver. ¡De volver siempre!